

á ella y renovar la antigua alianza rota por el orgullo primitivo.» Con justicia, A. M., pudiera yo dirigir á los hombres del siglo XIX que han sacudido el yugo de la fe para emanciparse de Dios y de su ley, y buscar en el orgullo del corazon el contentamiento de sus pasiones, que no hallarán por cierto, aquellas palabras del Apóstol: «¡Oh insensatos galatas! ¿quién os ha fascinado para no obedecer á la verdad, vosotros, ante cuyos ojos ha sido ya representado Jesucristo, como crucificado en vosotros mismos? Solo quiero saber esto de vosotros: ¿habeis recibido el espíritu por las obras de la ley, ó por la fe que os predico? ¿Tan necios sois que habiendo comenzado por espíritu acabais por carne? *¿sic stulti estis, ut cum spiritu cœperitis, nunc carne consummemini?* Pues tened entendido, si en algo teneis la alteza y dignidad de vuestro ser, y las esperanzas de vuestro eterno destino en la pátria celestial, que «la fe de la religion católica es la luz del alma, la puerta de la vida, y el sólido fundamento de la salvacion eterna,» segun nos ha enseñado Eusebio Emiseno: *fides religionis catholicæ est lumen animæ, ostium vitæ, fundamentum salutis æternæ.*

No se limita empero esta fe celestial, A. M., á reformar nuestro corazon, infundiéndole la santa humildad de Jesucristo; dirige y conduce tambien nuestras acciones, no proponiéndose otras miras que la obra de nuestra salvacion y el cumplimiento de la voluntad de Dios. Esta voluntad soberana, Jesucristo, nuestro divino Maestro, la ha manifestado terminantemente con estas palabras: «adorarás al Señor tu Dios, y á Él solo servirás:» *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* ¿Y cómo es posible adorar y servir á Dios, como Él quiere que se le sirva y se le adore, si, por no creer en sus palabras, quedamos en la ignorancia sobre lo que es Dios y lo que Dios quiere respecto á nosotros? Borrada la fe en la enseñanza de Jesucristo por medio de la Iglesia católica, que es la única verdadera, y tendreis tantos dioses y

religiones como hombres. Por esto, la fe que procede de Dios, que es un don de Dios, como hemos dicho, viene á enseñarnos lo que es este Señor, lo que somos nosotros, y lo que de nosotros exige en todos nuestros actos, ora internos, ora exteriores; y únicamente á la Iglesia su santa Esposa corresponde repetir fielmente á los hombres las divinas verdades. He aquí por qué S. Pablo, escribiendo á los fieles de Tesalónica, les decia: «Sin cesar damos gracias á Dios, porque cuando oyéndonos recibisteis de nosotros la palabra de Dios, la recibisteis, no como palabra de hombres, mas, segun ello es verdad, como palabra de Dios, el cual produce en vosotros los que creísteis obras buenas,» que son la señal y consecuencia de una fe viva: *non ut verbum hominum, sed (sicut est veré) verbum Dei, qui operatur in vobis, qui credidistis.* No apartándonos de estos principios salvadores, «llegaremos todos en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios á varon perfecto,» esto es, á la perfeccion de vida que debe caracterizar á un cristiano, «á fin, añade san Pablo, que no seamos ya niños fluctuantes, y nos dejemos atraer en derredor de todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres que enseñan con astucia en error: *in astutia ad circumventionem erroris.*»

¿Y qué diremos por último de las consolaciones que la fe derrama en las amarguras que experimentamos durante nuestro destierro? Jamás, H. M., he podido comprender cómo el incrédulo puede sobrellevar las constantes contradicciones de la vida sin la desesperacion, ni qué bálsamo pueda emplear para curar ó mitigar al menos las heridas que el dolor y el infortunio abren en el corazon. Pero la fe tiene consuelos para todas las desgracias, remedios para todos los males, lenitivos para todos los dolores. El hombre fiel, el verdadero creyente se verá muchas veces apremiado por urgentes necesidades, abrumado por el dolor, oprimido por la injusticia, perseguido por la calumnia, acosado por los re-

veses y los mas terribles contratiempos; pero en medio de tantas pruebas, y aun cercado por las sombras de la muerte, la fe le inspira valor y conformidad, la fe le habla un lenguaje que no ha pronunciado nunca la fria razon: Dios lo quiere, le dice esa virtud celestial, y lo quiere porque es justo. Los sufrimientos que debieran ser la pena de su pecado, sirven por la misericordia del Señor para la espiacion de ese mismo pecado. «Los sufrimientos de la vida presente no son comparables con la gloria que se manifestará un día á tus ojos:» *non sunt condignæ passionæ hujus temporis ad futuram gloriam quæ revelabitur in nobis.* «Lo que aquí es para tí de una tribulacion momentánea y ligera, engendra en tí de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria, no atendiendo tú á las cosas que se ven, sino á las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales; mas las que no se ven son eternas:» *quæ autem non videntur æterna sunt.*

Amados hermanos míos: ved si hay algo que se parezca á ese don de Dios con que hemos sido engrandecidos los cristianos, á esa fe sobrenatural que, procediendo de la infinita sabiduría del Altísimo, viene á ilustrar nuestra limitada razon; y lejos de contradecirla presentándola sus elevados y santísimos misterios, es su mas firme apoyo, ya porque proceden ambos de un mismo manantial de verdad que es Dios, ya porque esos misterios, si bien son superiores á la razon, no son contrarios á ella. Así como contribuye á nuestra salvacion, porque con sus excelencias destierra el orgullo de nuestro corazon, interviene en los actos de nuestra vida para que «sirvamos al Señor en santidad y en justicia por todos los días de nuestra vida» y finalmente nos alienta y nos consuela en las penalidades del destierro.

Dichoso aquel que abre su corazon para recibir sus consolaciones, y su inteligencia para que sea ilustrada por su luz vivisima y celestial. Para ello no olvidad, A. H. M., que

la Santísima Virgen María se nos ofrece como acabado modelo de esa fe religiosa. ¡Ah! cuántas inspiraciones recibí de esa virtud sobrehumana! ¡qué horizontes tan dilatados se abrieron por ella ante sus ojos, y qué méritos tan relevantes adquirió apoyándose en sus certísimas enseñanzas! Corramos pues en pos de esa virtud que es el faro luminoso que encontramos difundiendo sus celestiales destellos en la Iglesia á que pentenecemos: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* Conducidos por esta luz inestinguible la duda desaparecerá de nuestros entendimientos; con ella evitaremos los escollos que el error nos presenta á cada paso; con ella hallaremos la calma y la seguridad que no pueden procurarnos las opiniones vacilantes de los hombres; con ella moderaremos nuestras inclinaciones, y reformaremos nuestras costumbres; y en la hora suprema de la muerte será la antorcha que nos conduzca á las mansiones de la gloria para ver á nuestro Dios sin velos y sin enigmas, y en ellas alabarle y adorarle en compañía de la Virgen Santísima nuestra Madre por toda la eternidad. Amen.